



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

14.- La curación de un endemoniado



unánimes

Estudios Bíblicos

N.14.- La curación de un endemoniado

1. El texto

Mateo 12:22-37

Entonces le llevaron un endemoniado, ciego y mudo; y lo sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba. Toda la gente estaba atónita y decía: «¿Será este aquel Hijo de David?». Pero los fariseos, al oírlo, decían: «Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios».

Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma permanecerá. Si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino? Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios, pues ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no lo ata? Entonces podrá saquear su casa. El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama».

»Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. Cualquiera que diga alguna palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero».

»Si el árbol es bueno, su fruto es bueno; si el árbol es malo, su fruto es malo, porque por el fruto se conoce el árbol. ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?, porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas, y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio, pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado».

2. Introducción

Este estudio del milagro del endemoniado ciego y mudo arrastra un análisis más profundo por las manifestaciones de los fariseos. A partir de la atribución del poder de Cristo a Beelzebú, Jesús habla del Reino de Dios, de sus amigos y enemigos, del pecado imperdonable, de las acciones que se derivan de las intenciones del corazón y de lo que implican las manifestaciones expresas relacionadas con el Hijo del Hombre. De un milagro se desprende todo un estudio teológico de temas fundamentales de la fe cristiana.

3. El endemoniado

Entonces le llevaron un endemoniado, ciego y mudo; y lo sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba.

Jesús aquí está acompañado por sus adversarios. Le traen un endemoniado que sufre la pérdida de la vista y del habla y lo sanó, de modo que el mudo habló y vio. Jesús lo sanó completa e instantáneamente, de modo que el hombre que había estado tan gravemente afectado ya no estaba poseído del demonio, ni ciego ni mudo.

4. Efecto sobre los espectadores

Toda la gente estaba atónita y decía: «¿Será este aquel Hijo de David?»

La gente que presenció este milagro quedó completamente atónita. Un sentimiento de asombro unido sin duda con una medida de temor en la presencia de Quien había hecho esta obra sobrecogedora tomó posesión de ellos. Por la pregunta si Jesús no podría ser el Hijo de David es claro que la atención de los espectadores, habiéndose primero concentrado en el hombre que iba a recibir la triple bendición, pronto se fijó en el gran Benefactor mismo.. La pregunta estaba planteada de modo que esperaba una respuesta negativa modificada, algo más o menos así: “No, probablemente no sea el Hijo de David ..., sin embargo, ¿quién otro podría ser para hacer un milagro tal?” Ciertamente era una pregunta significativa.

La gente se maravilló. Empezaron a preguntarse si este Jesús no podría ser el prometido y esperado Hijo de David, el gran Salvador y Libertador de la opresión romana. Si aún les quedaban dudas era porque Jesús no se parecía nada al retrato robot del Hijo de David que todos tenían en la cabeza. No era un príncipe glorioso con pompa y séquito; no iba acompañado de choque de espadas ni de ejércitos con banderas; no se presentaba con señales del cielo llamando a los hombres a la batalla; era un sencillo carpintero de Galilea con palabras de sabiduría benigna y serena, en cuyos ojos brillaba sólo la compasión y en cuyas manos no había más armas que el extraño toque sanador.

Tal vez el estado mental de la gente en ese momento podría describirse así: el carácter asombroso del milagro los había convencido que este Jesús muy bien podría ser el Mesías, pero no se atrevían a dar una expresión vocal definitiva a este pensamiento, especialmente debido a la presencia de los severos opositores de Cristo, los fariseos. La pregunta de ellos también podría traducirse: “¿Podría ser éste el Hijo de David?” Aunque la posibilidad de que Jesús pudiera ser el Mesías se expresa en forma vacilante, ciertamente es un progreso con respecto a la pregunta más o menos neutra, “¿Qué clase de persona es éste?”.

Pero aunque tenemos que cuidarnos de dar muy poca importancia a la pregunta, igualmente debemos refrenarnos de hacerla decir demasiado. Hay que recordar que aun cuando se

dé por concedido que esta gente, por lo menos algunos de ellos, veía en Jesús al Mesías, todavía habría que responder a la pregunta siguiente: “¿Qué clase de Mesías? ¿Solamente un libertador de penurias terrenales, tales como las afecciones e impedimentos corporales, sí, aun de los demonios, posiblemente también un libertador potencial del yugo romano, y por lo tanto, de la degradación y de la opresión, todo esto ... pero no del pecado? ¿No del mal que es la base de todas las demás miserias, a saber, la separación del hombre de Dios?” El concepto mesiánico de muchas personas, incluyendo hasta cierto punto a muchos de los discípulos de Cristo, era claramente materialista, terrenal.

La sola sugerencia de la posibilidad, no importa cuan imperfecta y remotamente fuera concebida o presentada, de que Jesús pudiera ser el largamente esperado Mesías, era veneno para los fariseos, particularmente también para los escribas, que habían hecho todo el viaje desde Jerusalén, sin duda para sorprender a Cristo en alguna palabra o hecho o en ambas cosas.

5. Los pensamientos de los fariseos

Pero los fariseos, al oírlo, decían: «Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios».

Esta vez los adversarios no se dirigen directamente a Jesús sino que los calumniaron a sus espaldas. Con bajeza atribuyen las expulsiones de demonios al poder de Beelzebú. Acerca del título Beelzebú podríamos decir lo siguiente: Baal era un dios adorado en Ecrón como Baal-zebul, esto es, señor de la mosca de la carroña y por eso, protector contra esta molestia. El Nuevo Testamento en sus pasajes reemplaza Baal por Beel y zebul por zebul. Beelzebub significa “señor de la morada”. Aquí hay un juego de palabras, porque “zebul” se parece a “zebel” que significa estiércol. Así, los que despreciaban al Baal de Ecrón, por medio de un pequeño cambio en la pronunciación, podían hacer escarnio de él y dar la idea de que sólo era “señor del estiércol”. Pero, sea como fuere, en el uso neotestamentario, Beelzebú es definitivamente “el príncipe de los demonios”, es Satanás.

La acusación dirigida contra Cristo por los escribas y fariseos era perversa. Era resultado de la envidia. Sentían que empezaban a perder seguidores y esto no lo podían soportar. El carácter completamente vergonzoso de la acusación se hace más claro por el hecho de que considera a Beelzebú no como un espíritu malo que ejerce su influencia siniestra sobre Jesús desde afuera; no, se considera como que Satanás está en el alma de Jesús. Se dice que éste tiene un espíritu inmundo; que en realidad él mismo era Beelzebú.

Para responder a la acusación de que él está echando fuera demonios por el poder de Beelzebú, Jesús señala que es absurdo, es también contradictorio, oscurece la verdadera situación, es imperdonable y manifiesta la perversidad de los que la hicieron, mostrando de

quién son hijos estos blasfemos, en la misma forma en que las buenas obras y actitudes de otros dan evidencia para demostrar qué clase de personas son interiormente estos buenos hombres. Veamos entonces cada uno de estos elementos:

6. Lo absurdo de la acusación

Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo es assolado, y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma permanecerá. Si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?»

La calumnia es ridícula, completamente irrazonable, porque si fuera verdadera, Satanás se estaría oponiendo a Satanás. Estaría destruyendo su propia obra. Primero estaría enviando sus mensajeros, los demonios, para hacer estragos en los corazones y vidas de los hombres. Después, con baja ingratitud y necedad suicida, estaría proporcionando el mismo poder necesario para la expulsión de sus propios siervos obedientes. Así estaría derribando su propio imperio. Ningún reino, ciudad o familia así dividida contra sí misma puede mantenerse.

7. Lo contradictorio de la acusación

Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces.

Había otros aparte de Jesús y sus discípulos que pretendían tener poderes de expulsar demonios. No es necesario impugnar que ocasionalmente podrían haber ocurrido con éxito expulsiones de demonios hechas por los “hijos” o discípulos de los fariseos. Sin embargo, tampoco es necesario demostrar o refutar esto. El punto esencial es este: los amigos y seguidores de los fariseos pretendían tener este poder y por razones adecuadas o inadecuadas, esta pretensión era aceptada generalmente. Naturalmente, los maestros de estos reputados exorcistas estaban anhelosos de aceptar su parte del crédito, esto es, disfrutar de la gloria reflejada. Pero si los fariseos tenían razón al hacerlo, ¿cómo podrían, sin contradecirse, oponerse a Jesús por realizar el mismo tipo de obra? Entonces, “los hijos” son los que tienen que juzgar si es o no correcto lo que sus maestros dijeron acerca de la fuente del poder de Jesús para expulsar demonios. Si estos hijos consideran que la acusación es correcta, afirmando por lo tanto que Él realmente estaba expulsando demonios por el poder de los demonios, se estarían condenando a sí mismos. Por otra parte, si juzgasen que la acusación es falsa, ellos estarían condenando a sus maestros y vindicando a Jesús. Cualquiera de las dos formas de veredicto sería embarazosa para los oponentes de Cristo.

8. Lo oscuro de la acusación

Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios...

La calumnia difundida por los adversarios no era una liviana desviación de una presentación verdadera sino un perverso oscurecimiento. Era lo opuesto mismo a la verdad, porque no por el poder de un espíritu malo sino por el poder de Dios Jesús echaba fuera los demonios. ¿Cómo podía ser de otro modo?

Este “*si*” que Jesús manifiesta significa “si, como realmente es el caso”. El hecho mismo de que se está demostrando que el reino de Satanás es vulnerable—porque sus mensajeros están siendo expulsados de los corazones y vidas de los hombres—muestra que el reino de Dios está haciendo sentir su presencia. Está en proceso de obtener la victoria sobre el reino de Satanás. Este mismo pasaje muestra muy claramente que la expresión “reino de Dios” (la denominación más usada por Mateo es “de los cielos”) indica una realidad que no solamente es futura sino también presente. Es una realidad creciente, una entidad en desarrollo, en que cada una de sus bendiciones es anuncio de mayores bendiciones venideras, hasta que el clímax que nunca acabará llegue en la gran consumación, y aun entonces la “perfección” será, en un sentido, progresiva. Aun ahora, durante el ministerio terrenal de Cristo, los enfermos eran sanados, los muertos resucitados, los leprosos limpiados, los demonios expulsados, los pecados perdonados, la verdad difundida, el error refutado. En vez de oponerse al reino y combatirlo, los hombres en todo lugar deben entrar en él.

Es “por el Espíritu de Dios” que está siendo manifestado en esta forma el poder de Cristo en la tierra. El paralelismo con la primera carta enviada por Pablo a los cristianos en Corinto, demuestra que este “Espíritu de Dios” es la tercera persona de la Trinidad, “el Espíritu Santo”.

1 Corintios 12:3

Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: «¡Sea anatema!», como tampoco nadie puede exclamar: «¡Jesús es el Señor!», sino por el Espíritu Santo.

Que éste es la única explicación lógica de la fuente del poder de Cristo se confirma más adelante.

9. La analogía

...pues ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no lo ata? Entonces podrá saquear su casa.

En la vida ordinaria el ladrón no recibe la ayuda voluntaria del dueño de la casa. Por el contrario, para lograr lo que quiere, el intruso primero ata al dueño de la casa. Luego comete el robo. Jesús, por palabra y hecho, está privando a Satanás de los valores que el malo considera suyos y sobre los que ha estado ejerciendo su siniestro control. El Señor está expulsando a los siervos de Beelzebú, los demonios, y está restaurando aquello que Satanás

ha estado haciendo a los cuerpos y almas de los hombres por intermedio de esos demonios. Jesús está haciendo todo esto porque por medio de su encarnación, de su victoria sobre el diablo en el desierto de la tentación, de sus palabras de autoridad dirigidas a los demonios, por medio de toda su actividad, ha comenzado a atar a Beelzebú, atamamiento o restricción de su poder que iba a ser más reforzado por medio de su victoria sobre Satanás en la cruz y en la resurrección, ascensión y coronación. Ha hecho, está haciendo y hará esto por el poder no de Beelzebú mismo sino por el Espíritu Santo, como bien lo acaba de decir. Sí, el diablo está siendo privado, y progresivamente va a ser privado de sus “aparejos”, esto es, de las almas y cuerpos de los hombres, y esto no solamente por medio de curaciones sino también a través de un poderoso programa misionero, alcanzando primero a los judíos y posteriormente a las naciones en general.

10. La imposibilidad de la neutralidad

El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama.

En esta lucha entre Cristo y Satanás es imposible la neutralidad. La razón es que hay solamente dos grandes imperios, el de Dios o de los cielos, con Cristo como Cabeza, y el de Satanás. Una persona pertenece a uno o al otro. En consecuencia, si no está en íntima asociación con Cristo, está contra Él pues pertenece al otro imperio. Estar “con” Jesús equivale a recoger; estar en su contra equivale a desparramar: *el que conmigo no recoge, desparrama.*

Estar “con” Jesús significa ser instrumento para recoger personas para que sean sus seguidores. Estar “contra” él significa no estar dispuesto a seguirlo en su misión de reunir a los perdidos. Significa dejarlos en su condición de desamparo pastoral, de dispersos, fácil presa para Satanás.

11. El pecado imperdonable

»Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. Cualquiera que diga alguna palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero».

Todo pecado del cual los hombres sinceramente se arrepientan será perdonado. Es verdad que en ninguno de esos pasajes se menciona la condición del arrepentimiento. Sin embargo, el contexto mismo y otros textos del Nuevo Testamento así lo indican. Esta regla también es válida con respecto a ese nefasto pecado, es decir, la blasfemia. Sin embargo, en relación con esto debemos tener presente que a veces la Escritura usa esta palabra en un sentido más amplio que nosotros la usamos. Entre nosotros “blasfemia” podría definirse como una “irreverencia desafiante”. En esta conexión pensamos, por ejemplo, en crímenes tales

como maldecir a Dios o al rey que reina por la gracia de Dios, o la degradación voluntaria de cosas consideradas santas, rebajándolas a la esfera de lo secular, o la pretensión de dar a lo que es secular o puramente humano la honra que sólo a Dios corresponde. Sin embargo, en el griego se atribuía un sentido más general a la palabra “blasfemia”, a saber, el uso de un lenguaje insolente dirigido contra Dios o contra el hombre, la difamación, la burla, la injuria. En consecuencia, cuando Jesús nos asegura que “toda (o “toda clase de”) blasfemia será perdonada a los hombres”, Él está usando la palabra “blasfemia” en el sentido más general. Sin embargo, cuando hace una excepción—“pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada”—se está refiriendo a un pecado que aun en nuestro idioma sería considerado blasfemia.

Sin embargo, hay perdón para toda irreverencia desafiante menos para una, como es claro del hecho de que Jesús diga: “*Cualquiera que diga alguna palabra contra el Hijo del hombre, será perdonado*”. Si esto no fuera así, ¿cómo podría haber sido perdonado Pedro por su pecado, y cómo podría haber sido restaurado? ¿Cómo podría haber sido perdonado Pablo de Tarso? Por otra parte, se dice que para la “blasfemia contra el Espíritu”, esto es, “hablar contra el Espíritu Santo” no hay perdón ni ahora ni “en la era venidera”.

De paso, cabe señalar que estas palabras, por mucho que la imaginación las estire, de ningún modo significan que para algunos pecados habrá perdón en la vida venidera. En ningún sentido apoyan la doctrina del purgatorio. La expresión sencillamente significa que el pecado en consideración nunca será perdonado. En cuanto a la doctrina del purgatorio, supuesto lugar donde las almas de los que no están perdidos eternamente pagan el resto de su deuda sufriendo los castigos de los pecados cometidos mientras vivían aún en la tierra, la Escritura la contradice claramente cuando enseña que “Jesús lo pagó todo”:

Hebreos 9:11-12

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar santísimo, habiendo obtenido eterna redención.

La doctrina del purgatorio convierte al sacrificio de Cristo en uno insuficiente, pues al señalar que hace falta purgar los pecados después de la muerte está menospreciando el sacrificio perfecto realizado en la cruz e invalidando la manifestación de Jesús al momento de su muerte cuando dijo: “Todo está consumado”, en otras palabras, no se necesita hacer nada más para obtener salvación.

Queda la pregunta, “¿Cómo se puede entender que la blasfemia contra el Espíritu Santo sea imperdonable?” En cuanto a otros pecados, no importa cuán horribles o atroces sean, hay perdón para ellos. Hay perdón para el pecado de David de adulterio, de deshonestidad y

homicidio; para la vida “disipada” del hijo pródigo; para la triple negación de Pedro que fue acompañada con maldiciones y para la despiadada persecución realizada por Pablo contra los cristianos antes de su conversión. Pero, para el hombre que “hable contra el Espíritu Santo” no hay perdón.

¿Por qué no? Aquí, como siempre cuando el texto mismo no es inmediatamente claro, el contexto debe ser nuestra guía. De él aprendemos que los fariseos están atribuyendo a Satanás lo que el Espíritu Santo está logrando a través de Cristo. Además, ellos están haciendo esto deliberadamente, en forma intencionada. A pesar de todas las evidencias en sentido contrario, aún afirman que Jesús está expulsando demonios por el poder de Beelzebú. Los fariseos en lugar del arrepentimiento ponen endurecimiento, en lugar de la confesión del pecado ponen la conspiración. Así, por medio de su insensibilidad criminal y completamente inexcusable, ellos se están condenando a sí mismos. El pecado de ellos es imperdonable porque no quieren caminar por el sendero que lleva al perdón. Hay esperanza para un ladrón, un adúltero y un asesino. El mensaje del evangelio podría hacerlo exclamar: “Oh Dios, sé propicio a mí, pecador”. Pero cuando un hombre se ha endurecido a tal punto que ha determinado no prestar atención a las indicaciones del Espíritu, ni siquiera escuchar sus ruegos y su voz de advertencia, se ha puesto a sí mismo en el camino que lleva a la perdición. Ha cometido pecado “de muerte” del cual habla el apóstol Juan en su primera carta:

Juan 5:16

Si alguno ve a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida.

Para quien se ha arrepentido verdaderamente, no hay razón para desesperar, no importa cuán vergonzosa haya sido su transgresión. Por otra parte, no hay excusa para la indiferencia, como si el tema del pecado imperdonable no fuera preocupación para el promedio de los miembros de la iglesia. La blasfemia contra el Espíritu Santo es el resultado de un progreso gradual en el pecado. Entristecer al Espíritu, si no hay arrepentimiento, conduce a resistir al Espíritu, lo cual, al persistir en ello, se desarrolla hasta apagar al Espíritu.

La Biblia nos enseña que es el Espíritu Santo quién nos convence de pecado y nos lleva a Jesús, el cual es quien proporciona perdón y salvación. Si resistimos al Espíritu Santo nos colocamos en la posición de “imperdonables” pues rechazamos la única fuente de perdón, el eterno Hijo de Dios que se hizo hombre con el solo propósito de salvarnos.

12. La naturaleza de los fariseos

»Si el árbol es bueno, su fruto es bueno; si el árbol es malo, su fruto es malo, porque por el fruto se conoce el árbol. ¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?, porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen

tesoro del corazón saca buenas cosas, y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio, pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado».

Esta acusación hecha por los fariseos revela la perversidad de quienes la hacen. Muestra de quién en realidad son hijos estos blasfemos. Igualmente, las buenas obras y actitudes de los verdaderos hijos de Dios demuestran qué clase de personas son interiormente estos individuos. Es evidente por el calificativo “generación de víboras” que también en este breve párrafo Jesús todavía está pensando en los fariseos. Sin embargo, también es claro que Él está avanzando de lo particular a lo general, esto es, de este grupo particular de personas está haciendo una transición en dirección al “hombre malo”, sean fariseos o no, en oposición al “buen hombre”, quienquiera que sea. Concluye con una sincera palabra de advertencia dirigida directamente a cada individuo distinguiéndolo del resto; nótese el cambio de “vosotros” (“yo os digo”) a “tú” (“pues por tus palabras”).

El párrafo empieza como sigue: *Si el árbol es bueno, su fruto es bueno; si el árbol es malo, su fruto es malo, porque por el fruto se conoce el árbol.* Fruto y árbol van juntos. No se deben separar. Por eso no tiene sentido decir que las obras de Jesús, tales como la expulsión de demonios, la curación de enfermos, etc., podrían ser beneficiosas, pero que Él mismo es malo, siendo instrumento de Beelzebú.

El fruto enfermo demuestra que algo le pasa al árbol. Los fariseos han producido fruto enfermo: palabras blasfemas. De árboles enfermos, esto es corazones, no se podía esperar nada mejor: Él continúa: ¡Generación de víboras! Les dice—¿Cómo podéis hablar lo que es bueno cuando vosotros mismos sois malos? ¿cómo va a ser posible que la boca de ellos pronuncie algo que no sea malo? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. Literalmente, “del desbordamiento”, el sobrante o exceso. Así como una población prolífica se desbordará hacia el territorio contiguo, y una cisterna demasiado llena desbordará hacia una cañería y desborde, así también lo que llena el corazón se derramará a través de lo que se habla, como ciertamente ocurrió en el caso de estos fariseos perversos. La regla según la cual todo lo que el hombre tiene propuesto en su corazón, de modo que el alma y centro de su ser está lleno de ello, tarde o temprano será revelado en su hablar, tiene vigencia para lo bueno y para lo malo por igual: El buen hombre de su buen tesoro interior saca lo que es bueno, y el hombre malo de su mal tesoro saca lo que es malo.

El corazón de una persona es un depósito, un almacén, o, como lo expresa literalmente el original, un thesauros (tesoro). Lo que un hombre saca de su almacén interior, sea bueno o malo, precioso o barato, depende de lo que lleva en él.

Sin embargo, esto no ofrece ninguna excusa para un punto de vista fatalista de la vida. No da derecho para que un hombre diga: “Yo no me hice a mí mismo, ¿verdad? ¿Puedo evitar el ser como soy y que piense, hable y actúe como lo hago?” Por el contrario, Jesús dice: Pero yo os digo que de cada palabra descuidada que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio. Todo hombre es completamente responsable de lo que es, piensa, habla y hace, porque aunque es verdad que no puede cambiar su propio corazón, también es cierto que con la fortaleza que Dios le da puede correr a refugiarse en aquel que renueva los corazones y las vidas. El Señor está siempre dispuesto y deseoso de dar todo lo que Él pide de los hombres. Si los hombres no lo reciben, es culpa de ellos, no de Dios.

Ahora, si por cada palabra “descuidada”—según el original pura “charla” que no hace trabajo (útil) y por lo tanto es inefectiva para producir un buen resultado—darán cuenta los hombres en el día del juicio final, ¿no se les ha de llamar a dar una razón satisfactoria por las palabras falsas, dañinas y blasfemas como las relatada en este texto?

Dirigiéndose enfáticamente a cada individuo de los presentes, como si ese individuo ya no formara parte del grupo sino que estuviera solo y frente a frente con el Señor, usando ahora la segunda persona singular, Jesús concluye y culmina sus palabras diciendo: Porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado. El juicio dictado sobre el individuo en el día final va a ser “por”, en el sentido de “en conformidad con”, “de acuerdo con”, “en armonía con”, sus palabras, consideradas como espejos del corazón. Estas palabras revelarán si era un creyente profeso o un incrédulo; si era un creyente profeso, revelarán si su fe era genuina o ficticia.

13. En conclusión

En el mundo oriental no eran solamente las enfermedades mentales y psicológicas las que se les atribuían a los demonios y diablos; todas las enfermedades se achacaban a su poder maligno. Era corriente recurrir al exorcismo y de hecho era eficaz con frecuencia.

No hay nada sorprendente en eso. Cuando se cree en la posesión diabólica, es fácil convenirse de que se está poseído y una vez que se cae en esa sugestión, los síntomas se presentan automáticamente. También entre nosotros uno puede provocarse un dolor de cabeza, o convencerse de que tiene síntomas de una determinada enfermedad. Cuando una persona bajo ese estado de sugestión se encontraba con un exorcista en el que tenía confianza, a menudo se disipaba la sugestión y se producía la cura. En tales casos, si una persona estaba convencida de que se había curado, se había curado.

En este pasaje Jesús va más allá y cura a un hombre que estaba ciego y sordo y cuyo mal se atribuía a posesión diabólica. No hay manera de atribuir este milagro a otro origen más que el sobrenatural, el poder de Cristo.

En cuanto a la indiferencia o neutralidad en la batalla por las almas, Jesús, en una sola frase establece la imposibilidad de mantener la neutralidad. W. C. Allen escribe: “En esta guerra contra las fortalezas de Satanás hay dos lados, con Jesús o en contra de Él, recogiendo con Él o desparramando con Satanás”. No hay término medio. En todas las cosas tenemos que escoger un bando; decidir no escoger, aplazar la decisión, no son una salida; porque el rehusar ayudar a un bando es en realidad prestar apoyo al contrario.

Hay tres cosas que hacen que una persona busque esta imposible neutralidad.

- a. Está la simple inercia de la naturaleza humana. Es verdad que lo único que quieren muchos es que los dejen en paz. Se esconden automáticamente de todo lo que suponga un compromiso, y toda decisión lo es.
- b. Está la simple cobardía de la naturaleza humana. muchos rechazan el camino de Cristo porque tienen miedo de asumir las demandas que el Cristianismo impone. Lo que básicamente los detiene es el temor a lo que digan los demás. La voz del prójimo les llega con más fuerza que la voz de Dios.
- c. Está la simple flojera de la naturaleza humana. La mayor parte de las personas prefieren el camino trillado a la aventura y más cuando se van haciendo mayores. La aventura siempre supone un desafío; Cristo nos presenta el desafío de la aventura con Él y la respuesta que recibe muchas veces es que preferimos la comodidad de la inactividad egoísta.

El dicho de Jesús -«El que no está conmigo, está en contra de mí»- nos presenta un problema, porque tanto Marcos como Lucas contienen un dicho que parece querer decir lo contrario: « El que no está en contra de nosotros está con nosotros». Pero no son tan contradictorios como parecen. Hay que fijarse que Jesús dijo el segundo cuando Sus discípulos llegaron diciéndole que habían visto a uno que expulsaba demonios en Su nombre y se lo habían prohibido, porque no era de su compañía. Así que se ha hecho una sugerencia muy convincente. «El que no está conmigo está en contra de mí» es una prueba que debemos aplicarnos a nosotros mismos. ¿Estoy yo de veras en el lado de Jesús, o estoy tratando de vivir mi vida en un estado de neutralidad cobarde? « El que no está en contra de nosotros está con nosotros» es una prueba que debemos aplicar a otros. ¿Soy yo dado a condenar a cualquiera que no participa de mi teología y culto y liturgia e ideario? ¿Estoy limitando el Reino de Dios a los que piensan como yo?

El dicho de este pasaje es una prueba que nos debemos aplicar a nosotros mismos; el de Marcos y Lucas es una prueba que podemos aplicar a los demás; porque debemos tratarnos a nosotros mismos con seriedad y a los demás con tolerancia.

Por otra parte, no es extraño que Jesús eligiera hablar aquí de la tremenda responsabilidad de las palabras dichas. Los escribas y los fariseos dijeron tal vez las cosas más terribles.

Habían puesto su mirada en el Hijo de Dios y le habían llamado aliado del diablo. Tales palabras habían sido realmente terribles. Así es que Jesús estableció dos leyes.

13.1. Se puede ver cómo está el corazón por las cosas que dice

Hace mucho tiempo el dramaturgo griego Menandro dijo: «El carácter de una persona se conoce por sus palabras.» Lo que hay en el corazón no puede salir a la superficie nada más que a través de los labios y una persona no puede producir a través de sus labios nada más que lo que tiene en el corazón. No hay nada que sea más revelador que las palabras. No nos hace falta hablar largamente con una persona para darnos cuenta de si tiene una mente limpia o sucia; no tenemos que escucharle mucho tiempo para descubrir si tiene una mente amable o cruel; no tenemos que oírle mucho a uno que se dedica a predicar o a enseñar o a dar conferencias para descubrir si tiene una mente clara o confusa. Estamos revelando constantemente lo que somos por lo que decimos.

13.2. Jesús estableció que una persona tendría que dar cuenta especialmente de sus palabras inútiles

La palabra que se usa aquí para inútil es la palabra griega para obra; y el prefijo a quiere decir sin; “aergós” describe lo que no está destinado a producir ningún efecto. Se usa, por ejemplo, de un árbol estéril, de tierra en barbecho, del día de sábado en el que no se puede hacer ninguna obra, de una persona perezosa. Jesús estaba diciendo algo que es profundamente cierto. De hecho hay dos grandes verdades aquí.

- a. Son las cosas que uno dice sin darse cuenta, las palabras que se le escapan cuando no hay barreras convencionales, las que muestran de veras cómo es. Como lo expresa Plummer: «Las palabras que se dicen cuidadosamente puede que sean una hipocresía calculada.» Cuando una persona está en guardia conscientemente, pondrá cuidado en lo que dice y en cómo lo dice; pero cuando no está en guardia, sus palabras revelan su carácter. Es totalmente posible que los pronunciamientos públicos de una persona sean correctos y nobles, y que su conversación privada sea áspera y desabrida. En público se escoge cuidadosamente lo que se dice; en privado se despiden los centinelas y cualquier palabra sale por el puesto de guardia de los labios. Así sucede con la ira: puede que uno diga cuando está enfadado lo que piensa de veras y ha querido decir muchas veces, pero se lo ha impedido el frío control de la prudencia. Muchas personas son un modelo de encanto y de cortesía en público, cuando saben que los están observando y son especialmente cuidadosos con sus palabras; mientras que en su propia casa son un ejemplo terrible de irritabilidad, sarcasmo, mal genio, crítica y queja constante porque no hay nadie que lo vea u oiga. Es humillante y alertante el recordar que las palabras que muestran lo que somos son las que se nos escapan cuando tenemos la guardia baja.

- b. A menudo son esas las palabras que hacen más daño. Puede que se diga cuando se está descontrolado lo que no se diría nunca cuando se está controlado. Puede que diga después que no era aquello lo que quería decir; pero eso no le libera de la responsabilidad de haberlo dicho; y el hecho de haberlo dicho deja a menudo una herida que no se cura con nada y levanta una barrera que ya no se puede eliminar. Puede que uno diga cuando está relajado algo ofensivo y cuestionable que no diría nunca en público y eso es precisamente lo que se alberga inolvidablemente en la memoria de alguien. Pitágoras, el gran filósofo griego, decía: «Antes lanza una piedra al azar, que una palabra.» Una vez que se ha dejado escapar una palabra ofensiva o sucia, nada la hará volver atrás; y seguirá una trayectoria de daño por dondequiera que vaya.

Que cada uno se examine a sí mismo. Que examine sus palabras para descubrir el estado de su corazón. Y que tenga presente que Dios no le juzgará por las palabras que diga cuidadosa e intencionadamente, sino por las que se le escapan cuando no haya restricciones convencionales y suban borbollando a la superficie los verdaderos sentimientos del corazón.

En verdad, el hombre es salvo por gracia solamente, por la fe, sin las obras consideradas como si tuvieran poder de ganar la salvación. Sin embargo, sus obras—esto incluye sus palabras—proporcionan la evidencia necesaria que muestra si era y es un hijo de Dios o no. Además, si este juicio tiene un resultado favorable, las obras, como reflejo del grado de lealtad del hombre a su Hacedor y Redentor, influyen en la determinación de su grado de gloria. Igualmente influyen para establecer el grado de castigo para los que se pierden. Jesús quiere que cada cual medite en esta importante verdad, para que pueda ser justificado (declarado justo ante los ojos de Dios) y no condenado.